



LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*Demora en la llegada de los figurines.*—*Teatro del Balon*, por D. Francisco Flores Arenas.—*La ordenanza militar*, por D. Antonio de Trueba.—*Rugier de Lauriga*, novela original por Doña Felicitas Asin de Carrillo.—*Correspondencia.*—*Geoglífico.*

Demora en la llegada de los figurines.

Por parte telegráfico recibido á las 10 de la noche del 16 y espedido en Barcelona á la 1 y 5 minutos del 12, se nos anuncia la salida del vapor *Balear*, que como hemos dicho trae los figurines de este mes, y que deberá estar en Cádiz para mediados de la semana que hoy principia.

Esto nos sugiere algunas reflexiones.

Es la primera que aquella empresa, anteponiendo su provecho á toda otra consideracion de buen servicio y aun de justicia, no se ha cuidado para nada de los enormes perjuicios que se nos irrogan por su conducta; perjuicios que no se limitan á nosotros solos, sino á los dueños todos de la parte de su cargamento que no se pudo trasbordar como de procedencia extranjera, y que por lo comun comprenden efectos cuyo valor en gran parte estriba en la oportunidad de su envío. Y sin embargo, para nada ha tenido en cuenta estos perjuicios, ni ha hecho caso de reclamaciones, ni se ha apartado un punto de la marcha que se propuso seguir; esto es, de que el vapor *Balear* no viniese hasta tocarle el turno de los viajes periódicos que tiene anunciados, con lo cual se deja en blanco el anterior, puesto que solo llegó hasta Valencia.

¿Y es así como se sirve al público? ¿Es así como se desoyen clamores tan justos? ¿Por

qué un reglamento no habia de garantizar los intereses del comercio y de los particulares, dando prescripciones terminantes y seguras para los varios casos que pueden surgir, y que hoy quedan á la esclusiva y parcial apreciacion de las empresas?

Resulta de la espresada noticia, y vista la fecha en la cual, segun ella, debe de haber salido el vapor de Barcelona, que debemos contar por seguro el poder repartir el cuaderno de este mes en el próximo domingo, sin perjuicio de que en la época prefijada se distribuirá el de Diciembre. Es decir, que esta demora no perjudicará á nuestros suscritores para lo sucesivo, ni puede traer otro mal sino el que los figurines del mes corriente traigan un atraso de algunos dias. Esto es todo.

Terminaremos con otra observacion relativa á la rapidez de las comunicaciones telegráficas en nuestro pais. Desde el 12 á la una y cinco minutos, en que se trasmitió el despacho, hasta el 16 á las diez de la noche, no ha tardado aquel sino la friolera de cuatro dias y nueve horas! La electricidad aquí, por lo visto, camina en burro.

Con semejantes elementos, con comunicaciones tales, con oídos tan sordos para escuchar reclamaciones, con tan mala voluntad para acogerlas, no es nada extraño que la empresa de este periódico haya visto fracasar ahora sus esfuerzos, no logrando vencer la dificultad del momento. Confia, sin embargo, en que un accidente tal no vuelva á repetirse, para lo que tiene tomadas sus medidas.

Es un deber suyo el poner en conocimiento de sus suscritores cuanto ha acontecido para que todos conozcan que el entorpecimiento que ha experimentado el reparto del número en cuestion no ha sido culpa suya.

TEATRO DEL BALON.

Este coliseo sigue en calor: los temporales, que pudieran haberle hecho naufragar, le han soplado en popa, y la habilidad y la fortuna de su empresario han convertido en ventaja suya hasta las cosas mismas que parecían deber perjudicarle. La concurrencia continúa siendo numerosa, sus llenos son frecuentes y fabulosos, la animación grande. Cierto es que aquel público se indisciplina con facilidad; pero esos son recuerdos de su historia é influencias de su topografía; recuerdos é influencias que por lo mismo no traen nunca tormentas bastante recias para ser temidas. Aquello es como el viento levante: suena y rebufa, levanta mucho polvo y mucha espuma, pero rara vez hay mar de fondo.

Reseñaremos su historia de estos días.

Era el domingo. El empresario, por un esfuerzo de destreza, había logrado combinar una función en la que ya juntas y ya separadas debían tomar parte las Srtas. Ramirez y Hernandez, ambas muy aplaudidas en épocas diferentes. Las piezas se reducían al dúo de *El Tío Caniyitas*, á la canción de *La Juanita* y á la escena de *Las Ventas de Cárdenas*. La concurrencia, apiñada abajo, amenazaba salirse por arriba como el chocolate puesto al fuego, y aun habríalo hecho si hubiera podido romper con la cabeza la techumbre del teatro.

Abrióse el espectáculo con la comedia *La vaquera de la Finojosa* y escuchábase con interés y hasta con aplauso, cuando á deshora surgió no sabemos de donde una voz que corriendo de boca en boca y de oído en oído anunció la peregrina nueva de que, á consecuencia de ciertas intrigas y amañes, había gente prevenida para acoger á la Srta. Ramirez con muestras de desaprobación.

La cosa era á todas luces improbable y absurda: razón bastante para que no faltase quien le diese crédito.

Y en efecto, nosotros queremos dar de barato que la Srta. Ramirez, cuyo mérito como artista y cuya conducta como señora le han grangeado tan universales simpatías en Cádiz, tenga aquí personas que la quieran mal, y hasta nos prestamos á conceder (y es mucho) que las tales personas se cegasen hasta el punto de acariciar por un momento semejante insensato proyecto. ¿Cuál habría sido el resultado? ¿Pudieran lisongearse acaso de que la débil voz de ocho, de diez, de veinte personas ahogaría la voz unánime de mil es-

pectadores que condenarían semejante indignidad? Nosotros, á quienes el ciego espíritu de partido supone poco benévolo hacia la Srta. Ramirez, solo porque hemos preferido usar del consejo que engrandece al artista, á prodigar la adulación que le engríe y que acaba por perderle; nosotros, no ligados con ella por amistad ó por conocimiento, ni apartados por malevolencia ó por desden; nosotros en fin, que estamos completamente fuera de juego en toda mezquina cuestión personal, habríamos sido los primeros que en caso semejante hubiéramos protestado allí mismo muy alto y con todas nuestras fuerzas contra injusticia tal, contra proceder tan indigno, contra un hecho bastante por sí para degradar y envilecer á un público como el de Cádiz. Todos habrían hecho lo mismo, y el resultado de esta intriga vendría á caer sobre sus promovedores, dando á la que juzgaban su víctima un triunfo mayor que cuantos lleva conseguidos, porque sería además el triunfo de la justicia contra la sinrazón.

Véase porqué la cosa nos pareció desde luego absurda.

Pero anudemos el interrumpido hilo de nuestra narración.

Cantóse con aplauso para ambas actrices el dúo de *El Tío Caniyitas*, y tocábale la vez á la canción de *La Juanita*; pero trascurría el tiempo, impacientábanse los espectadores, y el telón no daba muestras de subir. Apareció al cabo en el escenario un actor para anunciar que una indisposición de la Srta. Ramirez, súbitamente agravada, le impedía cantar, y que en su consecuencia iba á alzarse el telón para que la Srta. Hernandez ejecutase *Las Ventas de Cárdenas*. Presentóse esta en efecto; pero fuese que la anterior marejada no había dejado oír bien el anuncio, fuese que algunos se creyesen defraudados de sus esperanzas, fuese en fin en otros una inconsideración llevada al punto de la barbarie, ello fué que al no ver salir á la Srta. Ramirez se armó un vocerío espantoso, que se aumentaba con los esfuerzos que otra parte del público hacía para acallarlos. Entonces la artista, inocente ocasión de aquella extraña contienda, con lento y vacilante paso y descompuesta la faz se presentó en la escena, mas no bien la había pisado cuando cayó desplomada, acudiendo en su auxilio varias personas que la condujeron á su cuarto sin sentido.

Este incidente agnó lo que quedaba de función. La Srta. Hernandez, afectada como ya se concibe que debiera estarlo, cantó de mala gana, aunque con aplauso, la escena ya antes dicha. Parte de la concurrencia, afectada

también, abandonó el local, y el espectáculo, que auguraba ser tan animado y ameno, terminó tristemente.

La profunda impresion causada por el accidente que acometió á la favorecida artista, hizo nacer un interés muy vivo y muy justo en el público entero; y como en tales casos parece como que por via de desahogo es menester buscar á alguien para echarle la culpa, no estrañamos que en una reseña de este acaecimiento inserta en uno de los periódicos de la plaza esta culpa se eche á los inquilinos de las cazuelas. Nosotros, sin embargo, dudamos que haya datos suficientes para lanzar semejante anatema, ni menos para establecer ese antagonismo de localidades. Acaso aquellas, por mas lejanas y mas bulliciosas, se enterarian menos del estado y circunstancias de la cuestion, y ese fuera el motivo, y no otro, de salir de allí con preferencia los gritos. A suponerlo así nos induce el que despues del lamentable accidente ninguna voz se alzó para insistir ni para protestar. Pudo acaso haber quien para compadecerse necesitó ver por sus ojos el sufrimiento ageno; pero hacemos mas favor á la masa general del público.

Déjense pues en paz á las cazuelas, que si fuesen á hablar algo podrian decirles á las lunetas.

Nos falta espacio por hoy para contar las peripecias del siguiente dia y los pormenores de la funcion del miércoles, en la cual la Srta. Ramirez, felizmente restablecida, recibió entre flores y coronas el pláceme mas satisfactorio. También hubo coronas y flores para la Srta. Hernandez, que cantó con su acierto de siempre *Las Ventas de Cárdenas*.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

LA ORDENANZA MILITAR.

I.

—Oiga usted, señor recluta!

—Mi sargento, mande usted.

—En cuanto oye la retreta, pensando que no le ven, se va usted del campamento y vuelve al amanecer.

Diga usted, señor recluta, ¿á donde se marcha usted?

—Perdone usted, mi sargento, que no lo volveré á hacer....

—Señor recluta, cuidado con escaparse otra vez, porque como yo lo sepa, no lo pasará muy bien!

—Está muy bien, mi sargento; pero ha de saber usted que allá abajo, en aquel pueblo que en la llanura se vé, hay una chica morena con una sal y un aquel....

—Silencio, señor recluta, que se insubordina usted! Qué tienen que ver las chicas? —Pues no han de tener que ver!

El dia que caí quinto adornó mi calañés con una escarapelita llorando á mas no poder....

—Pues es preciso olvidarla, señor recluta.

—Por qué?

—Porque solo su bandera el soldado ha de querer, porque el soldado ha de estar donde su bandera esté.

Lo manda así la ordenanza y es preciso obedecer!

II.

—Oiga usted, señor recluta.

—Mi sargento, mande usted.

—Tiembla usted porque las balas han comenzado á llover?

—Cá, no señor, mi sargento: es que allá abajo, en aquel pueblo que está en la llanura, padres y hermanos dejé y.... no quisiera morirme sin volverlos mas á ver.

—Señor recluta, el soldado no tiene, súpalo usted, mas hermanos que los de armas ni mas padres que su rey. Matando, encuentra la gloria, muriendo, la halla también.

Si siempre la gloria encuentra, ¿qué mas puede apetecer?

—Mi sargento, estoy conforme, ya me ha convencido usted.

Padres y hermanos y novia, callad, tontos, no lloreis, que la vida militar

es buena á mas no poder.... Pero ay que tocan ataque....

Llueven balas á granel!...

—Señor recluta, á las filas!

—Pero si no puede ser, mi sargento! Si caen hombres como chinchas!

—Ande usted,

que lo manda la ordenanza y es preciso obedecer.

ANTONIO DE TRUEBA.

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.^a FELÍCITAS ASIN DE CARRILLO.

(CONTINUACION.)

CAPITULO VIII.

La infanta participaba tambien de una inquietud que en vano procuraba disimular.

—Vos por aquí, Ana! decia; vos por aquí y en ese traje! Oh! permitidme que dude de lo mismo que estoy viendo. Hace mucho tiempo que no hemos estado juntas, y sin embargo de que lo deseaba, porque os quiero como á mi mejor amiga, no sé lo que experimento al veros llegar de esta manera tan recatada como misteriosa. Yo os suponía lejos, muy lejos de aquí.

—Vos, y todo el mundo, señora, contestó Ana dejando entrever en sus labios una ligera sonrisa que no pasó desapercibida; yo no sé que hay en mí, que todos me quieren, y todos, sin embargo, gustan de verme apartada del bullicio del mundo. Bien mirado, nunca está una dama mejor que cuando llora sus culpas, si las tiene, allá en el mas apartado rincón de su casa.

La infanta lanzó un profundo suspiro, y advirtiéndole el sentido irónico que encerraban las palabras de Doña Ana, contestó:

—Decís eso en son de queja, y bien sabe Dios que acabais de pronunciar una verdad que está íntimamente identificada con mis mas comunes sentimientos: para el que sufre, el retiro y la soledad son la única dicha posible; pero no es de esto de lo que debemos hablar: vos habeis tenido siempre un carácter mas animado que el mío; sois mas amiga que yo de luchar á brazo partido con los azares de la fortuna, y á una organizacion vigorosa y ardiente unís un carácter tan indómito como perseverante. Teneis agravios que vengar, estais herida en vuestro amor propio, guardais tal vez los restos de una pasion....

—Callad!... callad!... exclamó Doña Ana dejando escapar una mirada chispeante de odio y de orgullo: ¿qué quereis que ame yo todavía? ¿pensais que frágil y liviana, olvidándome de todo, no haya tenido fuerzas para sofocar dentro del alma la llama de una pasion tan loca como infortunada?...

—Yo amo, Ana...

—Vos amais porque sois dulce y cándida como la paloma que vaga por los bosques; porque habeis nacido para vivir en otra atmósfera impregnada de celestiales emanaciones; porque vivís en realidad mas cerca del cielo que de la tierra, y al morir dareis á Dios un alma inocente y pura como la de los ángeles. Yo soy otra cosa; yo no tengo tanta abnegacion, ni puedo ser como vos una mártir que marcha resignada al tormento. Yo vine al mundo ansiosa de gozar los encantos de la vida; tenia un corazon inmensamente grande, capaz de amar hasta el heroismo; y este corazon ha sido el vil juguete de un hombre que se ha gozado en torturarle.

—Pero ese hombre es el rey de Castilla, Ana; ese hombre es mi hermano... ¿lo habeis pensado bien? es el hermano de la mejor amiga que teneis.

—Lo sé y nada teneis que temer. Dios ha puesto entre él y yo un ángel de misericordia, y por esto le perdono la ofensa que me hizo mancillando mi honor; porque esto no es un secreto para vos, señora.

—Gracias, amiga mía; yo esperaba de tu amistad semejante sacrificio. Los reyes muchas veces no son dueños de su voluntad ni de sus mas tiernos sentimientos. Ya sabes cuanto he sufrido yo tambien; cuantas horas de agonía he pasado viendo al hombre querido en brazos de otra mujer; y ese hombre era mi legítimo esposo, el ser á quien mi destino me habia ligado casi desde la cuna. Desde que dejé de ser querida y me ví repudiada por él, mis dias han sido eternos y mis noches un verdadero suplicio; y sin embargo he rezado por él, he suplicado á Dios por su dicha y bienestar, holgándome de verle feliz al frente de sus estados. Creeme, mi buena amiga, ¡es tan dulce el perdonar!...

Doña Ana parecia preocupada en extremo y guardaba un obstinado silencio. La infanta que advirtió su tristeza trató de variar el curso de la conversacion.

—Sin duda, dijo, debe ser muy tarde y habrás llegado cansada; mañana debemos emprender nuestro viaje á Agreda y espero que vendrás en mi compañía. Bajo este concepto, voy á mandar que te arreglen una cama en esta misma habitacion.

—Es imposible, repuso Doña Ana con viveza; he querido saludaros y deciros que pronto podreis verme con mayor frecuencia que hasta aquí; pero seria imprudente que un hombre como yo, (y Doña Ana señalaba el traje que llevaba puesto) vaya á quedarse á solas con vos, la mas honesta y recatada dama de

Castilla. Mi permanencia en Tarazona, por otra parte, no debe durar mas tiempo del que empleemos en esta conversacion. He venido con objeto, segun os quise decir antes, de haceros una revelacion y dirigiros una súplica en demanda de justicia.

—Habla, sabes que deseo complacerte.

Ana se puso de pié, y adoptando un ademán bastante solemne exclamó:

—Sabeis, señora, que soy huérfana; mi padre murió hace algunos años dentro del recinto de vuestra corte á impulsos de un puñal homicida. Desde entonces un juramento solemne, no cumplido aun, me lleva en pos de su asesino. He jurado vengar aquella accion inicua mientras tenga un castillo, un pueblo, una pobre choza que vender y una gota de sangre que derramar. Soy rica, soy jóven, tengo astucia y fuerza de voluntad, y mi padre no está vengado todavía. En este caso, yo Ana de Sobradriel, condesa de Cinco-villas, llevo á vos, que sois mi noble amiga, y en son de amistad y de justicia os pido que me la dispenseis ayudándome á vengar la muerte del justo. Su asesino vive impune, respira el aire libre y yo muero de despecho y de cólera. Dejadme que vaya á su encuentro; esa es mi peticion.

—Pero vos no le conocéis, observó la infanta con voz trémula y cubierta toda de mortal palidez.

—No le conozco, es verdad; pero las manchas de sangre siempre indelebles, se fijan sin saber como en la frente del asesino, y mas pronto ó mas tarde los ojos perspicaces de una hija, de una persona que como yo sabe esperar en acecho de su presa, suelen descubrirlas orientados por la mano de Dios. Dentro de pocos dias voy á estar en el recinto de la ciudad que á vos os abriga ordinariamente: mi trage será este que llevo, con el cual no tengo que deciros que pienso guardar el mas riguroso incógnito. Acabo de abriros mi corazon, de revelaros todo mi secreto, y espero que vos no desaprobareis mi conducta. Me habeis pedido que perdone al ultrajador de mi honra y os he complacido: ¿Me dispensais la gracia de no descubrirme cuando voy en busca del asesino de mi padre?

—Sí, balbuceó la infanta que temblaba como la hoja en el árbol.

—En ese caso voy á dejaros, señora.

—Oh! no te vayas tan pronto; yo necesito saber.... quiero que me digas si sospechas de alguno....

—Sabeis que aquel crimen fué tan horrible como misterioso, y con esto sabeis tanto como yo. Lo único que aparece en mi memoria y que pudiera iluminarme, es una estraña

coincidencia. Hay dos grandes páginas dolorosas en mi vida: la de un amor desafortunado y la de una pérdida irreparable; mi honor manchado y mi padre muerto alevosamente; ambas desgracias se tocan y se confunden en un abismo de lágrimas.... Yo he tratado de mirar alguna vez á través de ese abismo inmenso, y he retrocedido como vos lo haceis maquinalmente en este instante; pero nada temais, señora, soy bastante franca con vos y seguiré siéndolo siempre. Si alguna vez adquiero la certeza cumplida que necesito y voy á descargar mi golpe, vos lo sabreis á su tiempo....

La infanta por única contestacion apretó entre las suyas una mano de su interlocutora, y dejó entrever en sus hermosos ojos dos lágrimas que rodaron lentamente por sus mejillas. Doña Ana hizo ademán de querer retirarse.

—Quedaós con Dios, señora, le dijo; sin quererlo he venido tal vez á entristeceros, recordándoos tiempos pasados de poco feliz recordacion; pero si hay una Providencia que vela por el bueno, ella velará por vos y os hará feliz algun dia.

Ana de Sobradriel besó la mano de aquella pobre mártir, se arregló rápidamente su ropilla y poniéndose el birrete que se habia quitado al entrar, describió el cerrojo y salió de allí dejando la puerta entornada.

La infanta cayó de hinojos delante de la imagen bendita de que hicimos mencion anteriormente, juntó sus manos alabastrinas y exclamó entre repetidos sollozos:

—Oh! perdon, perdon para mi hermano D. Fernando!

La infanta al decir esto abrigaba en su alma un horrible presentimiento, una idea que pesaba en ella como una inmensa losa de plomo.

Pensaba en su hermano y pensaba en el asesino del infortunado conde de Cinco-villas....

.....
Cuando Ana se vió en la calle soplaban el frio ambiente precursor de los tibios reflejos de la mañana. La oscuridad, sin embargo, era densa y apenas un ojo certero hubiera podido percibir los mas inmediatos objetos.

No bien se halló fuera de la casa, cuando mirando la luz que salia por los resquicios de una ventana, dijo para sí:

—Pobre infanta! cuánto sufres! Su vida es una serie de inmerecidos tormentos. ¿Mas qué me importa á mí su vida? ¿No sufro yo tanto y aun mas que ella? ¿No estoy tambien destinada á luchar con este amor de Satán que me avergüenza y me cubre de mancilla? Porque

yo le amo, sí, le amo, y él me rechaza y es el asesino de mi padre.... Oh! Dios mio, dadme alientos; yo debo vengarme!....

Llegaba á las afueras de la ciudad y á pesar de la oscuridad que reinaba en torno de ella, divisó dos caballos que estaban de allí no lejanos; acercóse á ellos y dijo:

—Guzman?

—Aquí estoy; contestó el escudero.

—En marcha inmediatamente, repuso la joven montando á caballo con una ligereza digna del mas diestro y experimentado ginete.

Guzman cumplió la orden de su señora, y ambos empezaron á galopar dejando á Tarazona cuando el alba iba despuntando.

CAPITULO IX.

Los negocios de la corona de Aragon marchaban con próspera fortuna. No tan solo habia conseguido el rey D. Jaime II ensanchar los límites de sus estados en la conferencia que habia tenido con el monarca de Castilla, sino que tambien el de Navarra, inclinado por el hermano y parciales de Catalina de Montalvo, estaba próximo á celebrar con él un nuevo y definitivo tratado de paz, devolviéndole los pueblos que hacia bastante tiempo le estaba disputando.

En este cambio de cosas habia influido bastante, segun saben nuestros lectores, la estancia de Rugier de Lauriga en casa de Adrian y Catalina. Estos jóvenes habian cobrado grande afición al valeroso capitan y puesto en juego toda su influencia para apagar de una vez el odio que se profesaban dos pueblos vecinos que por su naturaleza pudieran considerarse como verdaderos hermanos.

El dia que Adrian volvió de su expedicion, Rugier de Lauriga se hallaba notablemente mejorado, y Catalina salió á recibir á su hermano llevando pintado en su bellísimo rostro el gozo que rebosaba en su corazon.

Despues que Adrian la estrechó amorosamente entre sus brazos, corrió al cuarto en que Rugier le aguardaba impaciente. El capitan no parecia tan feliz como Catalina; porque, mas avezado á las escenas sangrientas de los campos de batalla que á los manejos diplomáticos, dudaba mucho que el hermano de Catalina hubiese podido conseguir en tan poco tiempo el éxito lisonjero que ambos se proponian.

Su sorpresa fué por eso mucho mas agradable cuando viéndose estrechado entre los brazos del feliz mensajero, le pidió este albricias por el resultado de su expedicion.

Rugier le apretó la mano cariñosamente y se apresuró á preguntarle.

—Qué tal? lograsteis ver al rey?

—Sí, amigo mio, logré verlo y fuí perfectamente recibido.

—De modo que....

Rugier deseaba y temia saber la verdad.

—Qué? acabad; preguntó Adrian sonriendo al ver las vacilaciones de su huésped.

—Iba á preguntaros si somos amigos ó enemigos.

Qué duda tiene? somos amigos, y de hoy mas no habrá querellas entre nosotros.

Esta contestacion fué para Rugier y Catalina que permanecia escuchando silenciosa, de un efecto grato y apacible, que solo sus almas pudieron comprender. Sus ojos sin embargo dejaron escapar una mirada que cruzándose silenciosa, fué á conmover cada uno de aquellos corazones puestos de acuerdo de antemano. Adrian, para quien todo esto pasaba desapercibido, continuó despues de una breve pausa.

—Bien sabe Dios que no me ha costado poco reducir á la razon al bueno de D. Jaime; pero por fortuna su esposa, mi augusta prima, se hallaba presente y le cogimos en un momento de buen humor. Y gracias que pude llegar á tiempo, que si me descuido media hora....

—Oh! contadme, contadme cuanto os ha sucedido.

—La corte iba á ponerse en marcha y aquellos sabuesos de palaciegos andaban á la husma como trahilla que olfatea la caza. Yo iba en traje de escudero, y salí dando el brazo á la reina; fué un lance chistoso.

—Y sirvió para algo mi anillo?

—Con deciros que me vino de perlas no quiero encareceros mas su importancia; pero ahora que me hablais de ese anillo debo haceros presente que él me ha proporcionado la grata ocasion de conocer á una dama tan hermosa como altiva, y á la cual sin duda inspirais un vivo interés.

—Visteis á Doña Ana? preguntó Rugier obligado á seguir el nuevo giro que tomaba la conversacion, mientras Catalina tenia el alma suspendida de los labios de su hermano.

—No solo la ví, continuó Adrian, sino que tambien supe por ella las relaciones que os ligan á entrambos y el mal efecto que debió causarle el que vos no le enviáseis algun mensaje.

—Puedo saber dónde la hallasteis?

—La ví en casa de vuestro tio. El pobre señor os lloraba por muerto, y no podeis figuraros el vivo placer que experimentó cuando

le dije que estábais fuera de peligro.

—Pobre tío mío! exclamó Rugier con ternura.

—En cuanto á la dama, continuó Adrian sin advertir que estaba torturando á la pobre Catalina, bien creo que puedo daros la enhorabuena de ser su prometido. Es una mujer de tentadora hermosura, y á no ser porque su amor os pertenecía, acaso y sin acaso, se hubiera echado á perder mi expedición.

—Tanto os ha gustado?

—Tan bella es? murmuró Catalina procurando contener una lágrima que se mecía entre sus largas y hermosas pestañas.

—Figúrate, respondió Adrian con entusiasmo, una mujer de veinte años, poco mas ó menos, de talle esbelto, formas distinguidas, cuyas facciones, sin perder la delicadeza propia de vuestro sexo, tienen no obstante un no sé qué de varonil y magestuoso que fascina y subyuga. La mirada de sus ojos, rápida ó fija segun su voluntad, penetra en lo mas recóndito del alma; su voz, de un timbre armonioso pero llena al mismo tiempo, da á sus mas insignificantes palabras un sello de autoridad, que hace imposible la resistencia; todo en ella es bello y perfecto; es en fin, una hermosura llena de irresistibles encantos, y temible, porque á ella debe unir la que la posee un talento privilegiado.

—De tal modo la describís, observó Rugier sonriéndose, que de seguro causarias celos á un amante novel; mas debeis pensar que todos no la mirarán al través del mismo prisma que vos, y que hay en Navarra mujeres de no menos gentil hermosura que nada tienen que envidiar á la que vos tan entusiasmado nos encareceis.

Rugier de Lauriga lanzó al decir esto una espresiva mirada hácia el sitio en que habia permanecido hasta entonces la jóven Catalina, pero aquella mirada que sin duda hubiera causado una dulce sensacion en el ánimo de la jóven, fué á perderse en un ángulo de la estancia donde habia una ventana que daba al campo, y en la cual derramaba Catalina en silencio un raudal de lágrimas ardientes.

La conferencia de ambos jóvenes se prolongó todavía algunos instantes, sin que nada ocurriese en ella digno de mencionarse.

Fijemos ahora nuestra atencion en otros puntos y en otras personas, y veamos lo que hacia entre tanto la condesa de Cinco-villas.

Después de haber llegado á Sobradriel y tomado sus hábitos mujeriles, salió en compañía de Guzman y Berta con direccion á Zaragoza, en cuya capital entraban los reyes aquel mismo dia. Antes de ir estos á su alcázar se

dirigieron á la iglesia del Pilar con objeto de rendir gracias á esta veneranda imagen por su feliz regreso (1). Pocos momentos hacia que habian tornado á palacio, y ya Doña Ana tenia pedido permiso para entrar á presencia de los reales esposos. Don Jaime la recibió un tanto admirado y la dijo:

—Cómo es eso, Ana? vos por aquí? En verdad que nada sabiamos.

—Llego en este instante, señor.

—¿Y qué objeto os trae á la corte cuando pensábais estar en Sobradriel hasta el próximo invierno?

—Dos razones han motivado mi vuelta, señor: la primera el deseo de felicitar á V. A., no tanto por su feliz regreso, cuanto porque, segun me han asegurado, en esta última conferencia mi rey ha salido en extremo beneficioso.

—Nuestra Ana, observó en esto la reina apoyándose cariñosamente en uno de sus hombros, es siempre la misma; es decir, tan solícita como amante de nuestra prosperidad; pero ya sabes que no haces mas que corresponder al mucho afecto que te profesamos.

—Gracias, señora, dijo Ana haciendo una respetuosa reverencia.

—Si mal no he comprendido, volvió á decir el rey, eran dos las razones que os trageron á este sitio. Cuál es la otra?

—La otra pediros una gracia.

—Sepamos, dijo el rey en tono festivo. ¿Quereis por ventura obtener alguna plaza entre los capitanes de mi guardia? Porque has de saber, Blanca mia, continuó dirigiéndose á la reina, has de saber que Ana es sumamente traviesa.

—Sí? contestó la reina siguiendo la broma: ¿será eso lo que deseais?

—No, señora; precisamente es todo lo contrario: mi deseo se reduce á obtener de VV. AA. el permiso para retirarme al claustro hasta pasado algun tiempo.

Los reyes se miraron atónitos, y la reina exclamó con tristeza:

—¿Tan mal te encuentras junto á nosotros?

—No, señora, siempre me he creído demasiado favorecida por vos, que sois para mí la mejor y mas delicada protectora; pero quisiera consagrarme algun tiempo á la memoria de mis queridos padres.

—Siendo para una cosa tan sagrada, cüm-

(1) Todo el mundo sabe que el suntuoso templo de Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza fué consagrado á la Virgen en los primitivos tiempos del cristianismo, siendo de los mas antiguos del orbe católico.

plase tu deseo, dijo la reina; y luego dirijiéndose á D. Jaime que permanecía silencioso le dijo: Vamos, ¿no otorgais vuestro consentimiento?

—Se me figura, murmuró el rey meneando la cabeza, que vuestro genio no es á propósito para vivir encerrada en un convento como pretendéis.

—Ah! repuso Ana en tono dulce y sumiso; vos ignorais, señor, que durante los días de mi permanencia en Sobradíel, me he acostumbrado tanto á esa soledad, que sentiria en el alma me negáseis vuestro consentimiento. Podeis crearme, señor; la gracia que os pido es para mí en estos momentos una verdadera necesidad.

—Siendo así tienes mi permiso, y que Dios te asista en el propósito que has hecho.

—Dónde pensais encerraros? preguntó la reina.

—El punto me es indiferente, contestó Ana con naturalidad; yo habia pensado irme con mi tia Doña Juana Carvajal, que como ya sabéis, es abadesa de uno de los conventos de Borja.

—Sea como gustéis; quedais en libertad para fijar el día de vuestra marcha.

La reina y el rey diéronle á besar sus reales manos, y Ana salió de allí en éxtremo satisfecha al ver que todo iba saliendo á medida de sus deseos. A pesar de todo no pudo menos de recordar las bondades de sus protectores que siempre la habian colmado de beneficios. Un tanto conmovida se acercó á una de las ventanas que habia en los corredores del real alcázar, y fijando sus ojos en los magníficos alrededores de la ciudad, cuya deliciosa campiña llena de rica vegetacion trajo á su memoria quizás algunos pasados recuerdos de su infancia, exclamó poniendo una mano sobre su pecho.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Sr. Don A. T.: *Madrid*.—Queda variada la direccion.

Sr. Don J. de P. L.: *Sevilla*.—El día 16 se le han remitido los números 48, 49 y 50, detenidos en esta administracion por orden de V., fecha 25 de Octubre.

Sra. D^a D. B.: *Zaragoza*.—Se ha recibido orden para suscribir á V. hasta fin del presente.

Sr. Don A. R. M.: *La Roda*.—El día 16 se le han duplicado los números que reclama. Habrá V. visto en la correspondencia del número 48, que en su día se recibieron los sellos para suscribirlo hasta fin de Julio de 1859. Hemos modificado la direccion y

esperamos que en adelante no sufrirán estravío los números que se le dirijan.

Sr. Don A. C.: *Aviles*.—Queda V. suscrito por 3 meses desde 1^o del actual. Los números publicados se le han remitido el día 16.

Sra. D^a M. P.: *Madrid*.—Idem. Idem.

Sr. Don J. M. M.: *San Fernando*.—Queda V. suscrito por 3 meses, á contar desde 1^o de Diciembre de 1857. Los números publicados hasta la fecha se han puesto en correos el día 18 del actual.

Sra. D^a F. R. de C.: *Tamarite*.—No se le remite la obra que pide en cambio de *La hija del Regente*, porque no tenemos ningun ejemplar.

Sra. D^a H. C. de B.: *Betanzos*.—Queda V. suscrita por un año desde 1^o del actual. Las obras que pide de regalo, se le han remitido el día 16, á excepcion del ejemplar de *La hija del Regente* que se ha agotado.

Sra. D^a J. G.: *Los Barrios*.—Queda V. suscrita hasta fin de Noviembre de 1859.

Sra. D^a R. B. y O.: *Pravia*.—Con este número recibirá V. los que pide en la suya del 11.

Sr. Don Y. de L.: *Bilbao*.—Queda V. suscrito hasta fin de Enero de 1859.

Solucion del geroglífico anterior.

La valerosa carabela del audaz Colon surcó mares ignorados hasta dar con América.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

